

Sin agua

Alberto Burgos

A medida que transcurre la temporada de **lluvias**, el **agua** que llega a la ciudad de México es cada vez menos.



“Aumenta la reducción”, dijo el jefe de gobierno capitalino, no sabemos si por esa deformación que lleva a los expertos a hablar de crecimiento negativo y otros crípticos conceptos, o simplemente para que la realidad no nos sonara tan cruda.

Lo cierto es que, a diferencia de años pasados, en que la disminución del caudal se aplicó en la temporada de estiaje, ahora las llaves de abasto se están cerrando precisamente en la época de aguas, porque el año próximo y los que le siguen la escasez se agudizará.

La buena noticia, pues, es que a los capitalinos sólo les queda una **sequía** por sufrir. La mala es que esa calamidad durará el resto de nuestras vidas.

Que los habitantes de la ciudad tenemos muy malos hábitos de consumo, nos recuerdan las autoridades. Y eso nadie lo duda. Pero hay varios millones a los que el líquido ni les llega,

porque se ubican en la periferia y el líquido se agota en el camino. Parte de ello es que una proporción calculada hasta en una tercera parte de la disponibilidad se fuga por tuberías viejas a las que nadie les da mantenimiento.

Y si bien en cada hogar es posible racionalizar la cantidad de **agua** que se utiliza, la ciudad arrastra un rezago de más de medio siglo en el reciclamiento de sus residuos acuosos, en tanto que a lo largo del mismo lapso, los gobernantes se han preocupado por cubrir de asfalto y cemento hasta las superficies de parques y camellones, de manera que se impide la recarga natural de los **acuíferos**, en una región que cada año concentra en **lluvias** y tira por el **drenaje** más **agua** de la que se gasta normalmente.

Así que los ciudadanos tendrán que resignarse a usar menos **agua** y pagar más por ella, reparar sus **tugas** domésticas, bañarse con aspersores y lavar menos ropa y enseres.

